

Unamuno en América

Por Alfredo CARDONA PEÑA.

(En *El Nacional*. México, D. F., Envío del autor).

No es el Unamuno de las *Nivolas*, ni el de la biografía quijotesca, ni el del sentimiento trágico. Ni siquiera el Unamuno de las paradojas, con ser éste legendario, más inventado que real. Ni —¡por Dios!— el de las pajaritas de papel. Es el Unamuno de la correspondencia americana, el gran amigo de nuestros pueblos, el que ahora, con motivo de la feliz publicación de sus *Ensayos* (1), nos atrae con imanes sutiles.

Y antes que nada, debemos destacar el hecho de que los hispanoamericanos, a través del tiempo y la distancia, siempre hemos sentido por don Miguel un afecto especial, nada apresurado o engañoso. Pueda ser que esto se deba a las características de la obra del catedrático salmantino, toda ella inconforme, idealista, religiosa en el mejor sentido, en el del hombre. Don Miguel fué, quizá, el escritor contemporáneo que más se acercó a nuestro mundo desde Europa. En donde otros hicieron —y vivieron— la farsa del acercamiento racial, por aquello del mercantilismo y de la fuente florida, él supo hacer la amistad sincera, el comentario prócer, la exaltación ciudadana. "Yo podría —dijo alguna vez— presentar los memoriales que me acreditan como uno de los pocos, poquísimos europeos que se han interesado por las cosas de América". Y en otra ocasión, contagiado por el entusiasmo de Zorrilla de San Martín, llegó a afirmar que acaso la vieja España estaba más 'cerca, mucho más cerca de América que del resto de Europa.

Mas no se crea que su crítica fué sonrisa. El viejo cascarrabias sentía placer en poner orejas de burro, castigando la torrentera de las palabras inanes, las falsas iluminaciones, los vicios parisienses. Nos veía más palabreros que imaginativos. No soportaba las cien mil formas del lugar común, y pugnaba por la continencia de la palabra y por la castidad de la forma, de la que fué vocero en el desierto. Su prédica contra las "modas", snobismos y señoritingos encontró en América, ciudad alegre y confiada, ciudad inmensa que acababa de abandonar los pantalones cortos de la aldea, un campo fecundo en observaciones. Porque don Miguel, siempre, en todo momento, fué un predicador, un protestante, un evangelista que no buscaba el libre examen de la escritura, sino el regreso a la honestidad de la inteligencia, a ese castellano maderamen del alma, grave y austero, más campesino que urbano. Escritor de almas, no pastor de almas. El quería verter la suya, para que la recogiesen. Y vertiéndola, anhelaba romper ideas... "como las botas, usándolas". Por cierto que a menudo es un zarzal ardiendo lo que le descubrimos, y no botones en flor. Por cierto que sin estilismo, esto es, con estilo, le escuchamos la burla para los que desentonan con entonación, para esas literaturas planchadas al almidón, en donde "hasta los desacordes tiran a ser armónicos".

Estos *Ensayos* nos revelan uno de los aspectos más característico de su obra: el artículo periodístico. Destinados en su mayor parte a *La Nación*, de Buenos Aires, y otros a las



Miguel de Unamuno
(Por Juan Echeverría).

revistas y publicaciones de su tiempo, los artículos nos muestran al hombre de cuerpo entero, dando manotazos y machacando conceptos, tan humano de estilo que lo oímos toser. ¿Agradó a Unamuno esta faena de corresponsal? Debemos entender que sí, porque las tales colaboraciones le daban ocasión de predicar, y de paso, llenar sus huecos presupuestales, que eran su dolor de cabeza. Confesó que si bien no comía de sus artículos, por lo menos cenaba, y que, por lo que res-

Desbórdense...

(En el *Rep. Amer.* Atención de la autora, en Caracas).

Desbórdense mis venas
y mi lengua partida
lleve voces al viento
dando forma al silencio.

Por arañar los cielos
y desgarrar las nubes
mutilense mis manos,
para encontrar la luz.

Mi piel vuelta tamiz
cierna ruidos y verdes
para lograr un grito.

De mis huesos erguidos
prende oh tierra raíces,
y reciban cual juncos
el silbar de los vientos.

Lo que quede de mí
consúmase en el fuego,
resolviéndose en humo
que tenga olor de carne
y aroma de alma en fuga.

Olga KOCHEN,

Caracas, 8-IX-47.

pecta a su pluma, vivía más de América que de España.

En fin, aquí tenemos a un Unamuno apañando defectos, pulverizando vanidades, calando tuétanos. A un Unamuno que cuando vió, en cierta revista bonaerense, el autógrafo de un señor Obispo de la iglesia católica, bendiciendo a los lectores del semanario, no tuvo más remedio que rezar: "Gracias, Dios mío, porque todavía, a pesar de lo hondo del vacío espiritual en que hemos caído, no hemos llegado acá hasta esto; aquí no hay Obispo que se preste a semejante cosa". ¡Qué diría de nuestros días, cuando no digamos obispos, sino más altas dignidades eclesiásticas, no sólo bendicen a sus lectores, sino que llegan a convertirse en agentes de publicidad!

Nada más interesante que sus admiraciones. Llamó a Sarmiento "el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad". A Vaz Ferreira, "uno de los hombres de pensamiento filosófico más penetrante que conozco". Pensaba en América como una hermana carnal de don Quijote, y se caía de orgullo al señalar la "vasconía" de Simón Bolívar, citando las palabras que del Libertador escribió Gil Fortuol: "En suma, tipo vascongado, de que descendía por línea paterna".

Estaba muy bien informado. De Argentina, Chile, México, recibía con frecuencia libros y revistas. De México le llegaban ejemplares de *El Progreso Latino* y de *Orden y Progreso*, revista "comtiana" que dirigió don Agustín Aragón. De Santiago de Chile, *Verdad*, publicación mensual de arte, ciencia y crítica. De Colombia, la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, dirigida por Ricardo Jaimes Freyre y Juan B. Terán. Es particularmente importante el ensayo titulado *Algunas Consideraciones sobre la Literatura Hispanoamericana*, a propósito de la lectura del libro *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* (Lima (1905), por José de la Riva Agüero. En él se pueden conocer las ideas que dejó escritas acerca del problema lingüístico de España y América. Ideas que tendieron a simplificar la cuestión, a no embrollar conceptos, a sembrar optimismo unitario. En resumen, nos presenta un hecho verdaderamente notable: el de que el lenguaje hablado, popular, de nuestros pueblos, poco se diferencia del lenguaje hablado y popular de España. El hecho, salvador y precioso, de que un escritor, cuando se pone a escribir como habla el pueblo nativo, se acerca más de lo que cree al castizo hablar castellano. Y es claro. Porque el pueblo conserva mejor que nadie la vieja dicción, y se porta como la tierra, que recibe semillas y no las pierde ni las deshace, sino que nos las devuelve convertidas en alimento. Años más tarde, don Miguel escribía a Nicolás Guillén una carta admirativa por el uso de los vocablos guajiros, que le decían muchísimas cosas. Y es que siempre huyó de sociólogos traducidos y de poetas supermodernistas, para quedarse con aquellos escritores más de la tierra, "más verdaderamente nativos de verdad", pasando por encima de los criollismos literarios y macaneantes. En estas condiciones, le parecieron "dañosísimos y disparatados" los pujos del magisterio literario español, encontrando que

(1) Miguel de Unamuno, *Ensayos*. Prólogo y notas de Bernardo G. de Cándamo. 2 tomos, Madrid, 1945.